

A man in a dark top hat and long coat is walking away from the viewer down a tree-lined path at night. The path is illuminated by streetlights, and the trees are bare. The scene is atmospheric and mysterious.

 Tesla
y la conspiración
de la luz Miguel A.
Delgado

DESTINO

Tesla y la conspiración de la luz

Miguel A.
Delgado

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1303

© Miguel A. Delgado, 2014

© Editorial Planeta, S. A. 2014

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-233-4838-1

Depósito legal: B. 18.495-2014

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Nueva York.

Sábado, 17 de octubre de 1931.

Para algunos ya era una rutina, pero para Edgar no. Él nunca se cansaba de contemplar la llegada de los oceánicos.

La Terminal Internacional de Nueva York, situada al sur de Manhattan, era una sorprendente llanura en el extremo de una isla plagada de rascacielos que recortaban su silueta sobre la Aurora, una cortina resplandeciente que aquí y allá dejaba asomar alguna solitaria estrella y que hacía una hora había sustituido a la luz del sol. Justo su momento preferido para ver cómo se aproximaba el gran huso sin alas que completaba su viaje desde Europa.

El oceánico disminuyó su velocidad cuando los rayos locales fueron tomando el relevo, en una maniobra perfectamente coordinada, al gran haz tractor que lo había guiado sobre el Atlántico, sin sobresaltos y con la misma precisión con la que un raíl habría conducido a un tren, en un viaje que en tan sólo nueve horas lo había traído desde Alemania.

Edgar lo veía a través del gran ventanal donde el resto de mensajeros esperaba el descenso del huso, de cuya superficie se fue borrando el reflejo de la Aurora, cubierto ahora por el brillante resplandor de los focos de la dársena. Y, una vez más, contempló maravillado la secreta

genialidad de su forma lisa y alargada, sin rastro de soldadura alguna, como si hubiese sido concebida de una sola pieza en un astillero de otro mundo.

El joven lo sabía todo sobre aquel aparato. En realidad, lo sabía todo sobre cualquier ingenio que volara. Incluso se había atrevido con algunos volúmenes destinados a los estudiantes de Ingeniería Aérea, por más que una y otra vez tropezara con unas matemáticas demasiado avanzadas para sus diecinueve años. Pero aun así, sentía un especial deleite en el esfuerzo de desentrañar aquellas largas filas de números y fórmulas aparentemente sin sentido. Le gustaba pensar que, como los arqueólogos que se enfrentan a una tablilla escrita en un alfabeto incomprendible, aquí y allá aparecerían retazos de significado que le permitirían abrir una estrecha rendija por la que acceder al resto de contenido.

Tal vez se engañaba. Hacía diez años, desde la muerte de su padre, que había tenido que dejar los estudios para ponerse a trabajar. Pero eso no le hacía renunciar a sus ilusiones, y en aquel momento éstas se concretaban en un firme objetivo: entrar al año siguiente en la Aeroescuela Superior. Sería difícil, una auténtica proeza, compatibilizarlo con las diez horas diarias de trabajo como mensajero. Pero estaba convencido de que lo lograría.

Sin ser consciente de ello, sus ojos se entrecerraron mientras seguían el descenso de la nave silenciosa, tanto que un ciego apenas notaría una leve brisa de aire provocada a su paso. Y también su mano derecha se cerró con fuerza algo excesiva sobre el papel que sujetaba. Pensar en lo que quería ser se había convertido en una reflexión permanente, y cada fibra de su cuerpo respondía ante él.

Edgar volvió a contemplar divertido cómo el aparato parecía convertirse en un gigantesco insecto al aproximarse hacia el suelo. Seis patas surgieron de su vientre y buscaron los anclajes que lo fijaron de forma definitiva a la aeropista. Allí lo esperaban otros como él. Edgar había

contado hasta seis oceánicos que en aquel momento se encontraban en alguna de las fases de despegue, aterrizaje o avituallamiento. No en vano, Nueva York era ya, junto con Londres, París y Berlín, la principal terminal del esquema aéreo de la Red Mundial. De hecho, y aunque sólo contaba con una década de vida, ya había planes para construir una ampliación al otro lado del río, en Governors Island, mientras que Nueva Delhi estaba a punto de arrebatarse a todas las demás la preeminencia: Gran Bretaña había tomado como objetivo estratégico la extensión de su propia red a lo largo de todo su imperio, lo que supondría que, en el plazo de tan sólo veinte años, dos tercios del planeta serían accesibles desde el aire. La velocidad con la que la nueva tecnología se extendía era prodigiosa...

Cuando terminó la rutina de las comprobaciones, la esclusa de la parte inferior se abrió y la rampa principal comenzó a descender. En un costado se abrió otra, la destinada a los pasajeros de clase A, mientras que en la trasera la gran compuerta de mercancías se dejó oír con un poderoso ruido metálico. A través de las filas de redondas ventanillas que puntuaban la lisa superficie cerca del vientre del aparato, Edgar pudo entrever las sombras de los pasajeros de las clases B y C que buscaban la salida para dirigirse luego a los grandes terrestres sin asientos que les transportarían hasta la aduana general de Castle Garden. Mientras, los elegantes automóviles con chófer acudían a recoger a los privilegiados de la clase A: tan cerca de la pista de aterrizaje no estaba permitido el acceso a los aéreos. Pero eso no era problema para aquella selección de hombres de negocios, estrellas del cine y deportistas, aristócratas y miembros de la élite; sus flotas personales contaban con vehículos de todo tipo, aptos para cualquier situación.

Varios autómatas, poco más que unas grúas con ruedas, se colocaron en la parte trasera del gigante para extraer la carga que llenaba su vientre. Había llegado el mo-

mento de dirigirse al muelle de mercancías; la megafonía anunció la puerta en la que se procedería a la entrega de los paquetes. Cuando la voz femenina pronunció el código que correspondía al esperado por Edgar, éste echó a andar por el gran pasillo en la dirección indicada.

Cuando llegó, una mujer con el uniforme de la compañía TransAir Incorporated procedió a examinar su documentación con el detalle de una restauradora de papiros antiguos. A Edgar no le costó nada imaginársela unos centenares de metros más allá, en el edificio de Castle Garden, aplicando un exhaustivo examen a los inmigrantes procedentes del otro lado del Atlántico. Era antipática, fea y desagradable, y Edgar tuvo buen cuidado en evitar que nada de lo que pasaba por su cabeza trascendiera a su rostro: tenía la suficiente experiencia como para saber que, si así lo deseaba ella, podría encontrar mil y una excusas para retenerle el tiempo que quisiera, e incluso buscar defectos de forma que invalidaran la entrega del envío. Y eso era algo que no se podía permitir: se trataba de un transporte especial, enviado en línea directa desde Europa y con entrega inmediata 45 minutos después de que lo tuviera en su poder. Y quien lo esperaba lo necesitaba tanto que no había tenido reparo en pagar el extra por un servicio en fin de semana.

No, no era casual que Edgar se hubiera convertido en el mensajero que más rápidamente había llegado a ganarse la confianza de la Mercury Express, y desde luego no tenía intención de hacerles dudar de su decisión.

La guardiana introdujo el formulario en la máquina lectora y lo recogió al salir por la bandeja inferior. Edgar sabía que una copia exacta del papel estaría surgiendo en ese momento de otra máquina igual que aquella, en alguna remota dependencia de la terminal, para ser archivada. Cada vez resultaba más difícil que se extraviara un envío; a Edgar no le había pasado nunca, y pretendía que aquello aún durase mucho tiempo.

La mujer le dedicó una mirada inexpresiva, sin interés. Edgar se atrevió a sostenerla, pero era como mirar a una estatua. Un ligero zumbido sonó tras ella y Edgar imaginó que algo pasaba detrás, que la cinta transportadora que acercaba los paquetes hasta el mostrador se volvía loca y que los envíos comenzaban a salir disparados a través del ventanuco por el que aparecían. La mente de Edgar compuso rápidamente una situación de caos, en la que todo el mundo se alteraba y buscaba refugio ante la lluvia de objetos... Todos menos la guardiana, claro, que mantenía clavada la mirada en Edgar, como si no hubiese ocurrido nada... Hasta que un pequeño paquete rectangular la golpeaba por detrás, removía su pelo perfectamente lacado y hacía que, con el impulso, chocara contra el mostrador de...

—¿Qué es tan gracioso, chico?

Edgar sintió como si volviese de un sueño. La mujer le seguía mirando, pero el caos había desaparecido. La cinta corría monótona, desganada, y de repente Edgar percibió la impaciencia de los que esperaban tras él.

—Nada, señora. Es sólo que... he recordado algo.

Por un instante, Edgar creyó ver un atisbo de expresión en su rostro, algo parecido a un leve fruncimiento del entrecejo, hasta que finalmente bajó la mirada, o más bien la desvió hacia un lado. En el hueco de la pared apareció un paquete del tamaño de una caja de zapatos, envuelto con el reglamentario papel de estraza, atado con cuerda y con los correspondientes sellos y matasellos. Cuando la mujer lo puso sobre el mostrador, Edgar abandonó su quietud y se acercó para comprobar que los datos del destinatario estaban bien:

Sr. Alfred Saulny
Metropolitan Life Tower, piso 23, despacho 23-16
Nueva York

—¿Es correcto? —preguntó la mujer sin la más leve sonrisa, con un tono que exigía que se le contestara de manera inmediata.

—Sí, señora.

—Bien. Firma aquí.

Edgar cogió la tableta de madera y firmó la entrega sobre el papel sujeto con una pinza. A continuación, agarró el paquete y con un «gracias» que apenas resultó audible echó a andar con paso ligero hacia la escalera mecánica que llevaba a la azotea, donde se encontraba el aparcamiento especial para aéreos. El envío pesaba mucho menos de lo que podía esperarse por su tamaño, y no parecía contener un objeto muy grande; en todo caso, iba extraordinariamente bien protegido. Por un momento, se permitió especular sobre qué sería aquello que había venido con tanta premura desde Europa..., aunque tal vez fuese solamente un complemento de moda para la esposa de algún alto directivo de MetLife.

En realidad, no importaba demasiado. Fuera lo que fuera, sólo quedaban quince minutos para la entrega. Y si fallaba, no sólo perdería la prima, sino que la misma Mercury quedaría en entredicho. Algo que Tim le haría pagar con creces: la competencia era brutal.

Echó a correr de manera tan repentina que apenas vio al hombre al que, en su carrera, atropelló haciéndole saltar el sombrero. Casi no le dio tiempo a murmurar una ininteligible disculpa antes de seguir corriendo por el transitado vestíbulo, alejándose del gran ventanal donde podría pasarse horas soñando con estar al otro lado, sobre la pista, al mando de uno de aquellos hermosos aparatos.

2

Una vez elevado, Edgar maniobró con soltura su aéreo entre los altos edificios. Aunque era sábado, había bastante tráfico, pero aquella no era, ni de lejos, la peor situación a la que se había enfrentado. Las rutas para los aéreos tenían sus propias reglas, y allí las normas de tráfico no eran tan estrictas; Edgar forzaba en ocasiones el aparato, obligándole a dar un giro brusco que lo hacía traquetear. Una sensación que él adoraba, porque se trataba de la experiencia más parecida a la de pilotar un biplano autopropulsado que el aéreo podía ofrecer.

Un zumbido resonó en la cabina. Era una llamada entrante. Edgar pulsó el botón de respuesta y la voz metálica de James, el encargado del turno de fin de semana, se dejó oír.

—M4, M4, ¿estás ahí?

Edgar conectó el micrófono que pendía del techo, justo sobre su cabeza.

—Afirmativo. Envío recogido y en ruta de entrega.

—¡Menos mal! Creo que si vuelven a llamarme otra vez, me suicido. No sé qué es lo que va en el paquete, pero desde luego el tipo de MetLife está como loco por que llegue a tiempo. Más vale que sea así, o creo que nos decapita.

—Todo va bien, jefe.

—Mejor. Confírmame la entrega; hasta que no sepa que ya te has deshecho de él, creo que no podré irme a dormir...

—Ok.

Edgar volvió a concentrarse en el camino. La ciudad iba pasando debajo de él, envuelta en el permanente resplandor del cielo que había traído consigo la Aurora; ese tono claro que había impuesto nuevos biorritmos a las aves y convertía el conjunto de edificios en una gigantesca maqueta.

Ligeramente por detrás de él, la Torre Uno, la encargada de suministrar energía a todo aquel sector de la ciudad, se destacaba de manera especial; un coloso que empuñeñecía incluso al recién construido Empire State. Tan imponente que era lo primero que veían los viajeros que llegaban a la ciudad por barco, antes incluso de vislumbrar tierra. Y en una época en la que las nieblas eran cosa del pasado, siempre estaba ahí, una construcción grácil a pesar de sus dimensiones, con una enorme base que iba disminuyendo hasta volver a ensancharse en una estructura redondeada que le confería aspecto de champiñón gigante. Se trataba tan sólo de una de las tres torres repartidas por el área metropolitana de Nueva York, pero era la más importante porque, invisible pero segura, de ella fluía la electricidad que mantenía activas las oficinas de las principales compañías del país. Además, era el centro neurálgico de la Red, el nudo principal del que dependía el resto.

De toda aquella inmensa cantidad de energía, una mínima parte la consumía en ese momento el aéreo de Edgar, sin duda el único espacio en el que verdaderamente se sentía a gusto. A los dieciséis años se había sacado el permiso para conducir un terrestre. Tuvo suerte, porque justo en aquel momento se había rebajado la edad necesaria: los sistemas automáticos eran tan fiables que la posibilidad de choque era muy baja. Pero, en realidad, lo que a él le interesaba era el aire: puede que aún fuera pronto para sentarse ante los mandos de un oceánico, pero al menos aquella especie de furgón volador le permitía despegar los pies del suelo. Apenas tenía amigos, y sabía que en general la gente que le trataba le consideraba tímido,

incluso poco resolutivo. Y sin embargo, muchas veces se acostaba agotado de sus propios pensamientos, de una imaginación que, cuando Edgar tocaba tierra, palpataba entre las paredes de su cráneo, superponiendo a la rutina diaria escenas inspiradas en sus lecturas juveniles de Verne, de Stevenson... Sus preferidas eran las disparatadas historias surgidas al calor de la fiebre marciana de finales del siglo anterior y principios del XX, y que había encontrado en casa en una maleta abandonada por un huésped. Como las aventuras del capitán John Carter, en un Marte con princesas y tribus en lucha por un planeta moribundo. Eran delirantes, sí, pero en todas encontraba una forma de elevarse, de abandonar el suelo, de irse lejos, justo lo contrario de su rutina diaria.

Al ponerse a los mandos de su aéreo, sentía que el mismo aparato se convertía en una extensión de sí mismo, capaz de expresar lo que su cuerpo y su voz no lograban decir. Con un ingenioso sistema para elevarse en posición vertical y, a continuación, desplazarse en horizontal, se había convertido, por su agilidad y versatilidad, en el vehículo preferido de los servicios de la ciudad, de la policía a los repartidores. Hacía falta una licencia especial para pilotarlo, y Edgar la había obtenido al primer intento, a los dos días de cumplir los dieciocho. En cuanto se subió por primera vez a uno, no tuvo dudas: estaba hecho para volar. En tierra nunca estaba seguro de tener la respuesta adecuada, y siempre le atenazaba la sensación de no saber qué se esperaba de él. En cambio, en el aire todo era como debía ser: el giro correcto en el momento justo, la velocidad que más convenía, la inclinación perfecta para descender.

«Ojalá viviéramos siempre aquí arriba —se dijo—. Todo sería mucho más fácil. No habría más tristezas, desaparecería la resignación. Y si en algún momento acecharan, bastaría con tocar las palancas e irse rápidamente a otro sitio. Aquí siempre eres bienvenido.»

Contempló de nuevo la ciudad. ¿Cuántas veces lo había hecho? Seguramente miles, pero no podía dejar de hacerlo, una y otra vez. Edgar nunca había estado en otro sitio, pero estaba convencido de vivir en el mejor lugar del mundo, el que mejor había absorbido la esencia de la nueva era eléctrica, en gran parte porque había crecido sobre ese mismo impulso. Londres, por ejemplo, a la que tanto había visto en los noticieros, tuvo que adaptarse a las nuevas necesidades, y no siempre sus construcciones se insertaban bien en las exigencias de las nuevas tecnologías. Edgar no podía evitar la impresión de ver algo superpuesto, que no terminaba de casar con el Big Ben o la venerable cúpula de Saint Paul.

En cambio, ¿cómo no admirar la grandeza de Nueva York? Al poco de despegar, por ejemplo, ya estaba a punto de dejar atrás la Torre Morgan, terminada de construir hacía cinco años, pero que por su potencia, la riqueza de su diseño y su posición, que le permitía dominar todo el horizonte, era la pura encarnación de la hegemonía que la estirpe de financieros había logrado sobre la ciudad y el país. Había un dicho popular que decía que los presidentes pasaban, pero los Morgan permanecían. Y John Pierpont II, al que los comentaristas de los noticieros llamaban Jack Morgan para distinguirlo de su padre, quien había conseguido un imperio al apostar por la nueva tecnología, era el que ocupaba el trono en aquellos momentos.

A pesar de que no había tiempo, Edgar no pudo evitar detenerse unos instantes para admirarla, al rebasarla por la derecha. Estaba tan cerca que podía distinguir los detalles del diseño que había marcado un antes y un después en la historia de la arquitectura, con toques modernistas y unas formas de ensueño que parecían lanzarse hacia arriba y que delataban la huella de Gaudí, el arquitecto español que mejor había entendido el nuevo mundo. Si hubiese tenido la oportunidad de hacer una maniobra de acercamiento desde arriba, quizá habría podido entrever alguna

de las máquinas que los neoyorquinos conocían de sobra por haberlas visto sobrevolarles, imponentes. Y quizá, con suerte, habría podido cruzarse con el *Corsario*, el flamante gran vehículo del dueño de la firma, capaz de desplazarse hasta la otra punta del globo.

Pero ahora lo inmediato era llegar a Park Avenue. Edgar ya podía distinguir el perfil del Met, como aún era conocido el que había sido uno de los primeros rascacielos de la ciudad, en pleno arranque de Madison Avenue. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, dirigió el aéreo hasta la parte superior, justo en la base del remate inspirado en el *campanile* veneciano, y donde tras una reforma se había instalado el muelle de recepción de mercancías. El mensajero desplazó los impulsores e hizo que el aparato se quedara suspendido en el aire, casi inmóvil, a más de 160 metros del suelo. En lo que sólo podía ser calificado como de una gran casualidad en pleno sábado, justo delante de él otro vehículo de mensajería aguardaba su turno de identificación.

Edgar echó un vistazo a uno de los grandes relojes de la fachada: quedaban cinco minutos para el final del plazo; ésta no iba a ser su primera mancha en el expediente. Volvió a mirar el paquete que reposaba en el asiento del copiloto, y de nuevo jugó a adivinar su contenido. No parecía muy probable que un ejecutivo de una aseguradora pudiese estar involucrado en una trama de espionaje, pero ¿quién sabe? Al fin y al cabo, como bien había aprendido en los libros, todo era posible. Y más en unos tiempos en los que el cambio había sido vertiginoso: a Edgar le parecía increíble lo que le contaba su madre de cuando era niña, historias de un mundo donde las comunicaciones inalámbricas simplemente eran inimaginables y donde no es que al hombre le estuviese prácticamente vedado desplazarse por el aire, sino que ni siquiera los coches eléctricos, la lógica evolución de los viejos vehículos de tracción animal, existían.

A veces, como en aquel momento, suspendido sobre las calles de Nueva York, con todo aquel despliegue de logros a sus pies, intentaba imaginarse cómo sería vivir en aquellos tiempos en los que, por ejemplo, cruzar el Atlántico, como habían hecho sus padres en 1913, suponía pasar un periodo de tiempo indecible confinado en un gigantesco barco impulsado por sucio carbón que, con gran dificultad, conseguía llegar a destino.

Nada que ver con la actualidad, cuando la tupida Red Mundial de torres había establecido un sistema invisible de guías que cientos, miles de vehículos aéreos, terrestres y marinos de todas las clases y tamaños seguían de manera constante y segura.

Si quisiera, y si pudiera pagárselo, claro, su madre podría levantarse por la mañana en Nueva York y cenar en una aldea del condado de Wexford, donde aún vivía gran parte de su familia. A Edgar le había fascinado leer en el *Post* que Guillén de Lampart, el aventurero del siglo XVII que inspiró el personaje del Zorro, protagonista de uno de los seriales de mayor éxito, había nacido también allí. Edgar la había acribillado a preguntas, pero lo único que consiguió de ella como respuesta fue:

—Cuando yo era niña, lo que rezabas era para no tener aventuras. Sobre todo con los ingleses.

Aquello puso fin inmediato a la conversación.

La radio de su vehículo se activó justo en el momento en el que el aéreo que le antecedió comenzaba a acercarse al muelle. Una voz femenina se oyó en la cabina del vehículo.

—Identifique compañía, vehículo y piloto, por favor.

—Mercury Express, mensajero número M4. ID del vehículo 5659-FGG.

—¿Entrega para...?

—Traigo un envío continental para el señor Alfred Saulny, despacho 23-16.

Hubo un silencio momentáneo. Finalmente, la misma voz femenina y metálica le contestó:

—Muy bien. Continúe.

Con un leve gesto de la mano, Edgar hizo que el áereo dejara de mecerse en el aire y comenzó la maniobra de acercamiento hacia el muelle. Cuando se hubo posado, cogió el paquete y salió. Por el camino, intercambió un saludo con el mensajero anterior, de la New Jersey Rapid, que regresaba ya a su vehículo.

Un vigilante con cara de aburrimiento le esperaba al otro lado de una ventanilla con un hueco giratorio para la entrega de los paquetes. Seguramente, aquella coincidencia de dos mensajeros sería el momento más emocionante de toda la jornada sabatina. A su lado, un televisor mostraba la figura de un hombre que estaba contando algo a la cámara. Tras él, podía distinguirse la silueta de una casa que conocía muy bien, aunque nunca hubiese puesto el pie en ella. De hecho, era muy probable que en aquel momento ningún otro lugar fuera más conocido en Norteamérica y gran parte del mundo desde que se había convertido en fondo recurrente de las emisiones televisivas.

—¿Cómo va? —le preguntó al hombre, señalando con la cabeza el aparato—. ¿Hay alguna novedad?

—Dicen que no pasará de esta noche —respondió cuando acabó de firmar la entrega, echando una mirada al televisor—. Ojalá sea así. Nadie se merece una agonía tan larga. Me pregunto de qué le han servido todos sus inventos si al final resulta que va a morirse como todos...

Según su máxima de permanecer en silencio y no contradecir a quien pudiera causarle problemas en el trabajo, Edgar debería haberse ahorrado la respuesta. Pero esto era demasiado.

—¿Cómo puede decir eso? Si Edison no hubiese creado todos los maravillosos inventos que salieron de su laboratorio de Menlo Park, usted no tendría trabajo. Yo no tendría trabajo. Ni siquiera podría estar ahí opinando sobre su enfermedad, porque no tendría televisión ni forma

de enterarse hasta que no lo publicara un periódico. ¡Él no es como todos los demás!

El hombre se le quedó mirando, perplejo, sorprendido porque ese chico de aspecto timorato hubiese tenido una reacción tan acalorada ante algo que, en el fondo, ni le iba ni le venía. Al vigilante, en realidad, le fastidiaba que con motivo de las conexiones y reportajes constantes dedicados a la agonía del inventor hubiesen removido casi toda la programación, dejándole sin los seriales, las películas, los concursos y los musicales que tanto le ayudaban a aligerar las largas horas del fin de semana.

Por un momento, el hombre pensó en contestarle algo, incluso en hacer volver al impertinente mensajero por donde había venido, pero se contuvo. A pesar de todo, era consciente de que Thomas Alva Edison era el héroe nacional, la figura que todos adoraban, el responsable de toda la tecnología que había transformado Estados Unidos, y que ahora estaba cambiando el mundo. Seguramente, en aquel preciso instante miles de neoyorquinos estarían comentando, en sus casas, en los trabajos, en los mercados y en los bares, con conocidos o desconocidos, las últimas noticias sobre la evolución de su enfermedad como si fuesen verdaderos miembros de su familia.

Y es que, para la mayoría, era como si se estuviera muriendo alguien cercano, porque muchos habían crecido mecidos por el relato heroico de cómo había creado tantos inventos a partir de la fundacional bombilla. Desde que hacía semanas su salud había empeorado, todas las cadenas, empezando por la todopoderosa RCA, habían instalado sus puestos permanentes en West Orange, a la espera del fatal desenlace. Y, ante la falta de verdaderas noticias, habían procedido a hacer un prolijo repaso de la biografía del genio.

Casi se había convertido en una competición entre los norteamericanos demostrar quién sabía el mayor número de detalles de la vida de Edison: su infancia, sus inicios en

la telegrafía, la invención del gramófono y la noche memorable en que consiguió que su bombilla permaneciera encendida durante 48 horas seguidas... y a partir de ahí, cuatro décadas de maravillas: la corriente alterna, los motores eléctricos, la transmisión inalámbrica, la radio (en colaboración con Marconi), la televisión, los oceánicos, la Red Mundial...

Sí, se iba a morir, como todos. Pero la diferencia es que lo haría como nadie hasta entonces en toda la historia de la humanidad, con los ojos de los habitantes de la Tierra fijos en él, sufriendo con su mujer y sus hijos, sintiéndose abandonados porque ya nunca más estaría ahí el hombre que siempre encontraba la respuesta adecuada para cada desafío. Y eso era lo que aquel tipo aburrido que hacía un trabajo rutinario que a nadie importaba no podría entender aunque pasaran mil años.

El hombre sólo dejó escapar un gruñido mientras ponía el sello en el albarán de entrega. Se lo tendió a Edgar mientras clavaba sus ojos en él.

—Largo —fue lo único que dijo.

Edgar, sorprendido aún de su arranque, no rechazó esta vez. Cogió el papel y retrocedió, no sin antes volver a mirar de reojo la pantalla, sintiendo de nuevo la punzada de tristeza que le producía saber que, dentro de aquella casa, quien tanto admiraba se estaba muriendo.

Treinta segundos después, abandonaba el edificio a bordo de su aéreo y ponía rumbo hacia el Bajo Manhattan. Tecleó el número de la oficina.

—Entregado el paquete, jefe.

—Vale, perfecto. Ya nos hemos ganado el sueldo por hoy... Puedes irte a casa.

—Recibido. Hasta mañana.

Y de repente tuvo la imperiosa necesidad de sacudirse la punzada oscura que le había amargado: no podía ser que aquélla fuese la última sensación de la jornada. Hizo que el aéreo abandonara la vertical de Madison

Avenue con más vehemencia de lo requerido, dejándose caer a una excesiva velocidad, mientras sentía cómo el pecho se le pegaba contra la correa del tirante cinturón y el maravilloso traqueteo subía por el volante del vehículo. Y cuando parecía que iba a perder el control, tiró de nuevo de los mandos y lo estabilizó, con una euforia que se desparramó por su cerebro como una droga.

Sonrió. En breve volvería a ser un torpe animal terrestre, y quería exprimir al máximo aquellos últimos momentos de libertad de quien siente que tiene el control.